BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Profesor de Sagrada Escritura

LA CRUZ... Y LAS CRUCES DE LA VIDA

2ª Edición

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con Licencia Eclesiástica
ISBN: 84-7770-105-9
D.L.: Gr. 361-00
Impreso en Azahara
Impreso en España

PRESENTACION

Con motivo de haberme dedicado a leer algunos de los admirables comentarios sobre la Sagrada Escritura del célebre Padre jesuita Cornelio a Lápide y ver lo que dice de la cruz de Cristo y de nuestras cruces, me he decidido, por la importancia del tema y el bien que puedo hacer a mis lectores, escribir el presente libro con el título: LA CRUZ Y CRUCES DE LA VIDA.

Muchas son las cruces y sufrimientos que hallamos en nuestro caminar por este mundo; pero, como veremos, son grandes los tesoros y las gracias que nos vienen de la cruz.

En otro libro que he escrito titulado EL PROBLEMA DEL DOLOR, pueden verse algunas otras ideas que complementan éste, mas hemos de tener presente que el remedio contra el sufrimiento no es otro que el mismo Jesucristo, su ejemplo, el verlo puesto en la cruz, al que todo hombre atribulado debe levantar su mirada, y oír que nos dice: «Venid a Mi todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré» *(Mt. 11,28).* «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» *(Jn. 14,6).*

Cristo es el Camino, también en el sufrimiento, porque El nos precedió llevando la cruz a cuestas, y

nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de Mi, niéguese a si mismo, cargue con su cruz y sígame» *(Mt. 16,24)*

¡Qué fácil es rezar un día y otro día: «Hágase tu voluntad»*; pero ¡cuán difícil es aceptar esa voluntad cuando se manifiesta realmente en forma de cruz!*

A la luz de la fe, el dolor es una caricia, un regalo de Dios. Es con frecuencia una señal de que Dios nos ama. Hay que ofrecerlo a Dios. El saberlo llevar con alegría y con amor es el camino de los santos. «Mira a Jesús crucificado, y no te quejarás jamás».

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 octubre 1987

PRIMERA PARTE

LA CRUZ DE JESUCRISTO

La cruz es el libro de los santos

La cruz nos recuerda a Jesucristo crucificado en ella y nos enseña ante todo que El es el precio de nuestra redención, y por lo mismo el libro de la sabiduría y de la ciencia divina.

Cristo crucificado es el gran libro abierto a la humanidad, el libro de los santos y los sabios. El fue el libro de Santo Tomás de Aquino, príncipe de los teólogos, el cual afirma que ha aprendido al pie de cruz muchísimo más que en todos los libros. El fue también el libro de las cinco páginas de San Francisco de Asís, el libro de San Felipe Benicio y el de San Buenaventura, quien hablando de la cruz dijo: Este es el libro que me enseña cuanto digo y escribo. A los pies del Crucifijo, mi alma saca del cielo mayores luces que de todas las lecturas, estudios y discusiones.

Para San Pablo también fue, de un modo especial, la cruz de Jesucristo pues después de tener tanta cul-

tura y conocer las maravillas de Atenas y de Roma *sólo se gloriaba en saber a Jesucristo y a éste crucificado* (1 Cor. 2,2). Para él la ciencia de la cruz es la ciencia por excelencia, la más sublime de las ciencias.

El hombre más ignorante, dice Cornelio a Lápide, puede leer este libro divino escrito con sangre y clavos; y verá en él: 1.º el amor infinito de Jesucristo...; 2.º la enormidad del pecado mortal...; 3.º el rigor de las penas del infierno; pues si Dios ha sufrido tanto para expiar pecados que no son suyos, si el Padre ha tratado de este modo a su Hijo único, la misma inocencia, porque se había encargado de nuestras faltas, ¿Qué suplicios no están reservados a los réprobos por los crímenes que han cometido personalmente, ellos por otra parte tan viles y despreciables?...

4.º La cruz enseña todas las virtudes y perfecciones...; 5.º da a conocer cuánto vale el alma del hombre, que ha costado toda la sangre de un Dios...; 6. indica cuán grande será la dicha de los elegidos, puesto que para proporcionársela, Jesucristo se ofreció en holocausto. Así es que todos los santos han tomado la cruz casi como el único libro que han tenido constantemente abierto, estudiándolo y meditándolo noche y día...

La cruz, cátedra de la bondad divina

Leemos en la Sagrada Escritura que habiendo el pueblo de Israel murmurado de Dios en el desierto, Dios, para castigarle, envió unas serpientes cuyas

heridas eran mortales. Moisés pidió gracia para el pueblo culpable; y Dios le respondió: *Haz una serpiente de bronce, y levántala en señal de perdón; cuantos heridos la miren, sanarán* (Núm. 21,7-9). Según todos los intérpetes, la serpiente de bronce era el símbolo de la cruz de Jesucristo.

De hecho el mismo Jesucristo dijo: *«Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre para que todo el que cree en El tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único...» (Jn. 3,16-17). San Pablo dirá: «Me amó y se entregó a la muerte por mi» (Gal. 2,20).*

La cruz es la cátedra de la bondad divina, del amor más puro e infinito de Dios... Dios ha amado al hombre desde toda la eternidad; pero, para manifestarle este amor, sólo tuvo que pronunciar una palabra: *Hagamos;* mientras que para rescatarle tuvo que padecer trabajos indecibles, derramar su sangre y sufrir la muerte...

Clavado en la cruz, Jesucristo está suspendido entre el cielo y la tierra como mediador para reconciliar a los hombres con Dios; recibe las flechas que la cólera de Dios dirige contra los hombres, e impide que lleguen hasta ellos. El satisface por todos los crímenes...

Mirad, dice San Agustín, las heridas de Jesús clavado en la cruz; reparad en la sangre del que muere, y notad a qué precio paga el que rescata... Tiene la cabeza inclinada para besar a los hombres; el corazón abierto para amarlos; los brazos extendidos para abrazarlos, y todo su cuerpo expuesto para rescatarlos. Apreciad toda la magnitud de estas mani-

festaciones de amor; pesadlas en vuestro corazón a fin de encerrar enteramente en él al que por nosotros fue clavado en la cruz...

«¡Oh inefable e inmensa bondad de Dios, exclama San Efrén, que, por medio de la cruz, ha proporcionado tantos y tan grandes bienes al género humano!».

El Calvario es la grande escuela donde se enseña con un lenguaje sublime el amor de Jesucristo a los hombres.

Jesús, pues, fue clavado en la cruz y elevado para que mirándole a El y creyendo fuéramos salvos. Preguntemos: ¿Por qué y para qué fue crucificado Jesucristo? Porque quiso darnos así la mayor prueba de su amor, para rescatarnos y librarnos de la maldición. Agradezcamos a Dios la redención, obra de su amor y nos gloriemos con el apóstol en su cruz...

El lenguaje de la cruz de Cristo

La salvación del mundo no viene por otro medio que por la cruz de Cristo, y por eso San Pablo reducirá su misión a hablar de «un Dios crucificado» que vino a la tierra sólo por salvarnos, y a esto se reduce el Evangelio de Cristo.

Dios habla a todos por las obras de la creación y también por «la locura de la predicación» evangélica. Lo que los gentiles llamaron «locura» es la salvación de los que creen. La sabiduría que no parte del punto de la fe, o sea, del Evangelio es una sabiduría vana.

El apóstol nos lo dice así: *«Jesucristo me ha enviado para predicar el Evangelio, pero no con discursos estudiados, para que no se haga inútil la cruz de Jesucristo. Pues la predicación de la cruz es una locura a los ojos de los que se pierden; mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la virtud y el poder de Dios. Pues está escrito: «Destruiré la sabiduría de los sabios, desaprobaré la inteligencia de los doctos. ¿Dónde están los sabios? ¿Dónde los doctores de la ley? ¿Dónde los investigadores de las ciencias de este mundo?* (Is. 19,11-14) *¿No ha trocado Dios en necedad la sabiduría de este mundo? Porque ya que según el plan sapiencial de Dios, el mundo con la sabiduría propia no ha conocido a Dios, plugo a Dios salvar a los creyentes mediante la locura de la predicación.*

Ya que también los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, y locura para los gentiles; mas para los llamados así judíos como griegos, Cristo es poder y sabiduría de Dios; porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres». (1 Cor.1,18-25)

Comentando San Ambrosio estas palabras del apóstol, dice: Lo que en Dios parece debilidad y locura, o sea, lo que los hombres miran como locura y debilidad en Jesucristo que nace, sufre y muere, es decir, su humanidad, su pobreza, su humildad, su pasión y su cruz, han sido precisamente, la victoria de Jesucristo, la salvación del mundo, la derrota del infierno, la apertura del cielo, la calma de la ira celestial, el aniquila-

miento de la sentencia de muerte fulminada contra los hombres, el manantial fecundo de todas las gracias, de todas las bendiciones, de la resurrección y vida del universo, y en fin, de una gloria eterna para Dios, los ángeles y los hombres.

En lo que más brilla la sabiduría y fuerza de Dios, es en haber triunfado de todo por medio de una cosa que parece tan insensata y débil como la cruz. El Cordero ha vencido a lobos y leones...

Puede verse el mismo designio de la Providencia en la elección de los apóstoles. Para convertir y salvar al mundo, obra superior a todas las fuerzas humanas, Jesucristo escoge a doce hombres sin estudios, sin letras, sin fuerza, sin riquezas, sin apoyo y sin ningún crédito en el mundo. Pero Dios, dice San Pablo, *«escogió lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo lo ha elegido para confundir a los fuertes, y a las cosas viles y despreciables, lo tenido por nada, lo que no es, para destruir lo que parece más grande, para que ninguno se pueda jactar delante de Dios»* (1 Cor. 1,27- 29)

En la debilidad de la humanidad de Jesucristo, en su pasión y en su muerte, quedaron ocultas su majestad, su divinidad y su fuerza infinita. Por esta razón, al morir en la cruz, toda la tierra tembló espantosamente, e hizo que se partieran las peñas, que resucitaran los muertos y se oscureciese el sol.

San Pablo se gloria en la cruz de Cristo

El gran apóstol se expresa así: *«Pero en cuanto a mi nunca suceda gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mi y yo para el mundo»* (Gal. 6,14). Mientras la cruz para un judío es señal de vergüenza, para un cristiano debe ser señal de gloria, y por ella el mundo y cuanto nos separa del servicio de Dios, está crucificado y muerto en el corazón del apóstol, y debe estarlo también en el corazón de todo cristiano. San Pablo ya tenía dicho que él había sido crucificado juntamente con Cristo (2,19). Nuestra íntima unión con Cristo, nos pide como al apóstol seguir el camino de Cristo.

San Agustín comenta: «El apóstol podía gloriarse en la sabiduría, en la majestad, en el poder de Jesucristo; y se gloria en la cruz. Lo que hace sonrojar al filósofo según el mundo, viene a ser un tesoro para el apóstol. Allí donde resplandece la humildad, allí está la majestad; allí en donde resplandece la debilidad, está el poder; allí en donde se encuentra la muerte, está la vida. Si queréis ser discípulos de la cruz, no os avergoncéis por ello; a este fin recibisteis en la frente, sitio del pudor, aquel signo sagrado».

«El gran apóstol, dice San Bernardo, no ve nada tan glorioso como llevar el oprobio de Jesucristo. La ignominia de la cruz es agradable para el que no es ingrato hacia el Crucificado. La cruz es preciosa; podemos amarla, tiene sus delicias. En el madero de la cruz se dilata la vida y se

forma el fruto de la dicha. De allí mana el óleo de la alegría, de allí el bálsamo salta gota tras gota. La cruz no es árbol silvestre, es el árbol de la vida para los que la abrazan; da frutos, da salvación. Si otra cosa fuera, ¿cómo ocuparía toda la tierra del Señor?».

«Estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo, dice San Pablo: y vivo, o más bien, no soy yo quien vive, sino Jesucristo el que vive en mí» (Gal. 2,19-20).

«Todo lo que el mundo mira como una cruz, dice San Bernardo, lo miro yo como delicias; y lo que el mundo considera como delicias, lo creo yo una cruz».

Mirad, dice el apóstol, a Jesús autor y consumador de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado *en la gloria*, sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia (Heb. 12,2) y por esto San Pablo escribe a los Colosenses: «Me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo *en sus miembros, sufriendo trabajos* en pro de su cuerpo *místico*, que es la Iglesia (1,24).

La cruz es tan dulce para el que ama a Dios, que deja de ser una cruz y se convierte en camino de la vida y de la felicidad. La dulzura, la felicidad, los consuelos verdaderos están en la cruz. Llevadla con resignación, abrazadla con resignación, abrazadla, y experimentaréis sus felices efectos. De la cruz se pasa al cielo...

El mundo pagano se ha ido apartando de los deleites para unirse a la cruz, y es que ha encontrado en ella más dulzura que en las voluptuosi-

dades, y por eso millares de vírgenes dejan a sus padres, renuncian a un gran porvenir en el mundo, a un enlace brillante, se sobreponen a los halagos con que acarician su juventud, cambian las riquezas, los honores y los placeres por la cruz, y así es que la cruz les parece más gloriosa y atractiva que el mundo con sus alegrías, bienes y promesas.

Ciegos, los mundanos no ven en la cruz más que el peso, asperezas, clavos y sangres; no conocen las dulzuras, los consuelos, la paz, los méritos y la gloria que también da. No ven que Dios ayuda a llevar la cruz, y convierte en miel la hiel que en ella encuentran. Una gota de los placeres del mundo se convierte en un mar de amarguras: la amargura de la cruz, que no es más que una gota, se cambia ya en esta vida, y sobre todo durante la eternidad, en un océano de delicias. Así tiene cabal cumplimiento aquella promesa de Jesucristo: *Y cualquiera que dejase casa o hermanos o padres o esposa o hijos o heredades a causa de mi nombre, recibirán cien veces más y heredará la vida eterna* (Mt. 19,29). Así también se realizan aquellas otras palabras de Jesucristo: *Venid a mí todos los que andéis agobiados con trabajos y cargas, pues Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo de vuestras almas; porque suave es mi yugo y mi carga ligera* (Mt. 11,29-30).

Durante la pasión del Salvador, Simón el Cirineo, le ayudó a llevar su cruz; hoy, el Salvador es quien ayuda al cristiano a llevar la suya.

Para parecernos a Jesús glorificado, tenemos antes que crucificar al hombre viejo con sus concupiscencias y hacernos semejantes a Jesús crucificado.

Dios reina por su cruz

La cruz es el centro real de Jesucristo. En ella fue declarado Rey. Allí, *había un letrero escrito en griego, en latín y en hebreo, en el que se leían estas palabras: «Este es el Rey de los judíos»* (23,38). Mas los pontífices de los judíos decían a Pilato: *«No pongas "Rey de los judíos", sino que El ha dicho: "Yo soy el Rey de los judíos". Pilato les contestó: "Lo escrito, escrito está"»* (Jn. 19,21-22).

Ha sido declarado Rey del universo; Dios reina por la cruz: *Regnavit a ligno Deus.* Bien podemos decir con San Pablo: *Que todas las lenguas confiesen al Señor Jesucristo* (Fil. 2,11).

Viendo la cruz, los paganos y los idólatras quedan asustados y quieren derribarla. ¿Ejecutarán su proyecto? No; terminarán echándose a sus plantas y la abrazarán. Los reyes de la tierra se levantan contra el rival que se les presenta; quieren romper el arma que desconocen. El Real Profeta, inspirado por el Espíritu Santo, había previsto esta rebelión y este combate, y dice: *«¿Por qué se han embravecido tanto las naciones y los pueblos maquinan vanos proyectos? Los reyes de la tierra se han coaligado, y se han confederado los príncipes contra el Señor y su Cristo»*

(Sal. 2,1-2). ¿Quedarán victoriosos? No: *el que reside en los cielos se burlará y se mofará de ellos* (Sal. 2,4)

Los llamados doctos y sabios de la tierra, los filósofos combaten la cruz, ¿la derribarán? No; caerán a sus pies. Enemigas declaradas de la cruz, las pasiones, el orgullo, la avaricia, el deleite, la persiguen; ¿quién vencerá? La cruz. El demonio y el infierno quieren reducirla a cenizas, pero la cruz les sepultará en llamas inextinguibles.

Todo se desencadena contra Jesús crucificado; todos los brazos enemigos están en movimiento: y Jesucristo clavado en la cruz tiene inmovibles los brazos, y estos brazos ponen el universo a sus pies y quedan vencidos los millones de revoltosos que le amenazan; se prosternarán y abrazarán la cruz para obtener la gracia: *Regnavit a ligno Deus.*

«Cuando Yo sea levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré a mi» (Jn. 12,32). ¿Quién no ve cumplida esta profecía por el lugar que ocupa la cruz, por los honores que se le rinden, por la gloria que la rodea y por los milagros que cumple?... La cruz ha atraido hacia sí el mundo entero...

Jesucristo triunfa por medio de su cruz; los apóstoles triunfarán también por ella. Ahí tenemos, dice con mucha elocuencia San Juan Crisóstomo, ahí tenemos a Pedro, que, solo, armado con una cruz de madera, camina hacia una ciudad habitada por un pueblo envejecido en la corrupción. Preguntémosle: Pedro, ¿a dónde vas?

— Voy a Roma

— ¿A qué?

— A subyugar a los dueños del mundo, a destruir sus ídolos y sus altares, derribar el Capitolio, y a pesar de su orgullo, hacerles hincar la rodilla ante la cruz.

¡Qué empresa! Y para llevarla a cabo ¿dónde están tus recursos, tus soldados y tus armas?

— No tengo, ni podría tampoco vencer con todas estas fuerzas. Sólo con mi cruz de madera venceré.

— ¿Estás en tu juicio? ¿puede concebirse empresa más temeraria y loca?

— Llamadme temerario y loco y todo lo que os plazca; pero sabed que el cielo responde de su éxito. Y en efecto: así que se aproxima, tiemblan los dioses del Capitolio, y el paganismo presiente su próxima ruina...

Si bien lo observamos, los envidiosos Césares, que habían tramado la ruina de la cruz, pasaron, y pasaron las persecuciones de los primeros siglos y vino el triunfo del cristianismo y se vieron luego a reyes que se vanagloriaron de llevar la cruz de Cristo en sus coronas...

Y en los tiempos actuales ¿qué vemos? Vemos que la cruz brilla en la cúspide de los templos cristianos, para anunciar la casa de Dios; domina en las plazas públicas, para que los hombres aprendan a respetarla en todas partes; se levanta en las encrucijadas de los caminos, para que el viajero piense en encomendarse a Dios; está colgada del cuello de la mujer para recordarle que debe observar la modestia; se halla en nuestras casas, en medio de nuestros campos, a fin de pre-

servarlos de todo accidente; está colocada sobre la tumba de los muertos, como una señal de resurrección...

Aparecióscle un estandarte en forma de cruz a Constantino el Grande la víspera de una batalla decisiva; si sobre aquel estandarte se leían estas palabras: *In hoc signo vinces*: Vencerás con esta señal. Ganó en efecto una brillante victoria al enemigo. Nosotros también, al igual que Constantino, triunfaremos con la cruz de aquellos contra quienes tengamos que luchar.

Amemos la cruz y al ver a Jesucristo clavado en ella, digámosle: «Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo».

¿Cómo hemos de llevar nuestra cruz?

San Pablo nos enseña a llevarla con alegría y con amor. Así decía él: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta que padecer a Cristo *en sus miembros, sufriendo trabajos* en pro de su cuerpo *místico*, que es la Iglesia» (Col. 1,24).

Notemos que la pasión de Jesucristo es completa y perfecta en sí misma, y siendo de un mérito infinito, es más que suficiente para rescatarnos. Sin embargo, le falta algo que debe proceder de nosotros; hablamos de la parte que debemos tomar en los sufrimientos y méritos de Jesucristo, en una palabra de nuestra *cooperación*.

No sólo Jesucristo debía sufrir en sí mismo:

debe también sufrir en sus miembros: y por esta comunidad de sufrimientos, su cuerpo, que es la Iglesia, se engrandece y perfecciona. Aceptando los dolores y penas de la vida, los fieles participan de los méritos de la pasión, se vuelven semejantes a Jesucristo crucificado. Esto es lo que quiere decir San Pablo con aquellas palabras: Estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer *en sus miembros sufriendo trabajos* en pro de su cuerpo *místico*, que es la Iglesia.

Con la aceptación de las cruces, los fieles *se hacen partícipes de la naturaleza divina*, como dice el apóstol San Pedro (2. 1,4), y se hacen, según San Pablo, partícipes también de la gloria de Jesucristo por la eternidad (Rom. 8,17)

Aquí debemos observar con San Ambrosio, San Crisóstomo y otros Doctores:

1) Que, como la Iglesia es un cuerpo místico, animado de una sola y misma alma, teniendo una misma vida con Jesucristo, debe sufrir una sola y misma pasión con El; de la misma manera que en el cuerpo del hombre el sufirmiento es común a la cabeza y a los miembros.

San Pablo que es quien hace esta admirable comparación: Si un miembro padece, dice, todos los demás se compadecen; y si un miembro es horado, todos los miembros se gozan con él. Vosotros, pues, sois el cuerpo místico de Cristo y miembros unidos a otros miembros (1 Cor. 12,26-27). Asi es que Jesucristo no decía a Saulo que perseguía su Iglesia: ¿Por qué persigues mi Iglesia?, sino: *¿por qué me persigues?* (Hech. 26,14).

Asi como Jesucristo comunica su gracia y su paciencia, comunica también sus sufrimientos, y compadece a los que sufren.

2) Estas palabras del apóstol: *«cumple lo que resta que padecer a Cristo»*, tienen este significado: Conviene que yo anuncie el Evangelio y dé a conocer a Jesucristo a las naciones, a fin de que la Iglesia crezca, y se perfeccione y participe plenamente de la pasión y redención del Salvador.

También significan que el fiel, con sus buenas obras, se aplica la expiación de Jesucristo, y satisface sufriendo la pena temporal debida al pecado.

El profeta Jeremías dice: *Ha tendido su arco, y me ha convertido en blanco de sus flechas* (Lam. 3,12)

1.º El fiel debe saber que toda la vida del cristiano es el sufrimiento interior o exterior, enviado o buscado voluntariamente; debe aguardarlo todos los días y hasta desearlo. Porque todos los días le arrojan flechas Dios, el demonio, el mundo y la carne, los amigos, los enemigos o las malas lenguas. Ha tendido su arco, y ha hecho de mi el blanco de sus flechas. Las enfermedades, los contratiempos, las pruebas son flechas de Dios...

2.º El cristiano debe también saber que estas flechas, de cualquier parte que vengan, son flechas de amor, y no de odio. Dios nos hiere con flechas, 1) para abatir nuestra desobediencia y nuestro orgullo, para someternos: así derribó a Saulo y lo convirtió; 2) para castigar nuestros pecados y hacérnoslos expiar: así castigó a los ju-

díos; 3) para destruir y sobre todo debilitar en nosotros la concupiscencia de la carne. Lanza contra los lujuriosos flechas, que son enfermedades, contradicciones, decepciones y remordimientos; les obliga de este modo a combatir y vencer su inclinación; 4) para guiar al hombre por el camino de la paciencia, de la santidad y de la perfección: así hirió Dios a Job y a Tobías; 5) para aproximar el hombre a Jesucristo, y hacerle semejante a El.

Dios ha resuelto manifestar con la admirable paciencia de los Santos, la virtud de su cruz. El mismo, al venir al mundo, no escogió otros bienes que los sufrimientos y el Calvario.

¿Queréis encontrar a Dios?

Si queréis encontrar a Dios, buscad la cruz; en ella está clavado, allí, allí tan sólo le hallaréis. Si os halláis agobiados de pesares, alegraos; habéis encontrado a Jesucristo y estáis con El...

Bienaventurados, nos dice, *los que padecen persecuciones por la justicia, pues de ellos es el reino. Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os espera en el cielo.* (Mt. 5,10-12)

Cuando sufrís, Dios está con vosotros: el mismo Dios lo dice por boca del salmista: *Estaré con él en sus tribulaciones, le salvaré y le llenaré*

de gloria. Le saciaré con una vida muy larga, y le haré ver el Salvador que enviaré (Sal. 91,15-16)

San Antonio Abad, después de los terribles combates que tenía que sostener contra los demonios, decía a Jesucristo: «¿En dónde estabas, oh buen Jesús?» Jesús le contestaba: «Antonio, estaba presente; pero quería verte combatir» *(Vit. Patr).*

Debemos saber llevar los sufrimientos con resignación cristiana y agradecimiento al Señor, pues si Dios hiere al hombre a flechazos es para matar en él los deseos y los pensamientos mundanos y hacer entrar en su alma los pensamientos y el deseo del cielo. Así es como el Señor prepara al hombre para entrar en la ciudad de los elegidos, según aquellas palabras de la Escritura: *Es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios* (Hech. 14,12); y aquellas otras palabras de Jesucristo: El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y sólo los que se la hacen *a sí mismos*, son los que se apoderan de él. (Mt. 11,12).

Sepa bien el cristiano que debe sufrir todos los días de su vida, y estar constantemente extendido sobre la cruz, como blanco de flechas de Dios. Aún más: no debe cesar de pedir a Dios alguna aflicción, como decía San Francisco Javier, que, en sus continuos y penosos trabajos, en sus pruebas y persecuciones sin número, rogaba a Dios que no le privase de las cruces que tenía, y se las diese antes bien en mayor número.

Para llevar con resignación las cruces y triunfar de las pruebas, pensemos que nos hallamos colo-

cados en la tierra como un blanco para las flechas de Dios, y hallémonos dispuestos a recibir con paciencia y valor todas las tribulaciones, pues nos vienen del cielo y tienden a la gloria de Dios y a nuestra salvación.

Tengamos nuestra alma unida a Dios por la fe, la esperanza y el amor. El que habita con el pensamiento, y sobre todo con el deseo entre los bienaventurados, y habla con ellos, mira los bienes y los males de este mundo como poca cosa. Elevemos, pues nuestra alma sobre las cosas de la tierra, hagámosla salir en cierto modo de nuestro cuerpo para colocarla entre los ángeles. *Nuestra conversación está en el cielo.* (Fil. 3,20).

Cuando así suceda, y nuestra alma sea más fuerte que las cruces con la resignación y la paciencia, ya no las sentirá, y realmente se verá libre de ellas. Entonces exclamará con San Pablo: *Estoy inundado de consuelo; reboso de alegría en medio de todas las tribulaciones* (2 Cor. 7,4).

Sigamos a Jesucristo al Calvario... Miremos cuantos millares de cristianos, niños, mujeres, ancianos de todas condiciones, de generación en generación, desde hace veinte siglos, se dirigen hacia aquella montaña de salvación eterna y suben a su cima, llevando la cruz sobre sus hombros. Sigámosles: van al cielo...

SEGUNDA PARTE

LAS CRUCES DE ESTA VIDA

Las cruces no nos han de faltar

San Pablo nos habla de la necesidad de llevarlas al decirnos: *«Todos los que quieren vivir virtuosamente según Jesucristo, han de padecer persecución»* (2 Tim. 3,12).

Alguno tal vez pregunte, y ¿que significan estas palabras? ¿Acaso no hay muchas almas piadosas y cristianas que llevan una vida santa tranquilamente y sin persecución? San Crisóstomo responde que por persecución debemos entender todas las dificultades, los trabajos y dolores que experimentan los que se aplican a la piedad, a causa de los esfuerzos que se ven precisados a hacer para poner un freno a sus pasiones, practicar la continencia, la humildad, la templanza y aplicarse al servicio y al amor de Dios.

Jamás, dice San León Magno, nos han de faltar cruces ni persecuciones, si somos fieles observantes de la virtud. Y como hemos de vivir en todo tiempo piadosamente, añade, también en todo tiempo hemos de llevar la cruz.

También San Agustín dice que las almas fervientes sufren por la mala vida de los impíos. Además las almas piadosas sufren muchas veces las burlas que les dirigen los mismos impíos...

Pero por persecución es preciso entender sobre todo las tentaciones del demonio. Por esto dice el Eclesiástico: *«Hijo mio, cuando te dispongas a entrar al servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación* (2,1).

No le es lícito al atleta de Dios buscar las delicias; no les es lícito a los combatientes entrenarse en festines. Y la vida presente es un combate, una lucha, una guerra, una persecución, un camino sembrado de lazos, una arena ardiente. Otra época será la del reposo; el tiempo actual es el de las cruces... *«Es preciso*, dice San Pablo, *pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios»* (Hech. 14,21). Es preciso, es necesario, así debe ser, porque,

1) Dios así lo ha decretado; ha decretado que vayamos al cielo por el camino del sufrimiento; queramos o no, está acordado. Llevemos, pues, voluntariamente las cruces que nos vienen, puesto que es indispensable que lo hagamos. Rechazándolas, aumentaríamos su peso y su número, perderíamos el mérito de haberlas llevado y la recompensa.

2) Es preciso, porque es justo que el reino de Dios, que es tan grande y tan bello, se compre con obras heróicas y sufrimientos. La cruz es la puerta del cielo.

3) Es preciso pasar por muchas tribulacio-

nes, porque Jesucristo, nuestro Jefe, ha abierto el cielo con su pasión, su sangre y su muerte...

4) Es preciso, porque todos los santos han emprendido este camino para llegar a la felicidad suprema. No hay otro...

5) Es preciso, porque los pecados deben expiarse con las cruces, y los movimientos de la concupiscencia han de reprimirse con el dolor.

6) Es preciso, porque esta vida está llena de miserias, de tentaciones, de persecuciones, etc., a las cuales nadie puede sustraerse...

7) Es preciso, porque estamos rodeados de enemigos numerosos e implacables que han jurado nuestra ruina: estos enemigos son el demonio, el mundo y la carne...

8) Es preciso, porque el que no ha humedecido sus labios en la copa de las amarguras, no merece disfrutar de las delicias...

9) Es necesario, porque somos culpables, y únicamente con la penitencia y las cruces podemos obtener misericordia...

10) Es preciso, a fin de que nos desprendamos del mundo, lo despreciemos, y le demos preferencia a la gracia y al cielo...

Para llegar a ser iguales a San Lorenzo, es preciso que paséis por la prueba del fuego; para ser semejantes a San Vicente, es necesario que sufráis con alegría el suplicio de la parrilla ardiente...

El alma, dice San Agustín, tiene dos verdugos, que no la atormentan al mismo tiempo, sino alternativamente: el temor y el dolor. Cuando dis-

frutáis de un bienestar, teméis perderlo; y cuando lo habéis perdido, sufrís.

¿De quién nos vienen las cruces?

No nos escandalicemos. Las cruces nos vienen de Dios. No debemos, pues, atribuir los sufrimientos, las cruces y las pruebas al demonio, ni a la carne, ni a un enemigo cualquiera, sino a Dios; porque desde toda la eternidad, Dios las ha previsto, preparando a cada cual las suyas: a uno le prepara unas, a otro otras, a fin de que por medio de ellas todos nos asimilemos a Jesucristo, que sufrió, murió y resucitó.

A Dios atribuye el salmista todas las cruces: *Nos habéis probado, esperimentado, Señor; nos habéis acrisolado al fuego, como se acrisola la planta. Hemos pasado por el fuego y por el agua; mas tu nos has conducido a un lugar de refrigerio. Nos has ceñido con una faja de dolor.* (Sal. 80,6). *¿Hasta cuándo nos has de alimentar con pan de lágrimas, y hasta cuándo nos darás a beber lágrimas en abundancia?* (Sal. 80,6)

— *Dios me ha dado bienes*, dice Job, *y El me los ha quitado; ha sucedido lo que el Señor ha dispuesto: ¡bendito sea el nombre del Señor!* (1,21). No dice Job: Dios me ha dado bienes, y el demonio me los ha quitado; sino: Dios me ha dado, Dios me ha quitado...

Manifestaré a Pablo, dice el Señor, cuánto ha de sufrir por mi nombre (Hech. 9,16). El que obraba contra el nombre de Jesucristo, dice San

Agustín, debía sufrir por este sagrado nombre: ¡oh severidad llena de misericordia!

Las cruces que Dios envía en el tiempo, vienen siempre de su misericordia; si Dios no entregase la humanidad a los sufrimientos en la tierra, comenzaría su justicia eterna y terrible...

Que padecan los malos, dirá alguno, es justo; ¡pero los buenos! Los buenos nacen culpables; con las cruces se purifican más y más y aumentan el número de sus coronas; sin las cruces se volverían malos, y no hallaríamos ya conformidad entre ellos y Jesucristo; los buenos sufren para obtener la conversión de los malos y para expiar sus pecados.

Por otra parte, suele tenerse mala idea de las cruces. Las cruces son un tesoro.. Nada es malo sino el pecado... El trabajo a quien el amo paga el jornal, ¿puede hallar a mal que le hayan hecho trabajar? El soldado ¿puede hallar injusto que le ejerciten y le envíen al combate?...

También hemos de saber que Dios ama a aquellos a quienes envía cruces. Así habla el Señor en el Apocalipsis: «*Yo reprendo y castigo a todos los que amo*» (3,19). Jesucristo envía cruces a sus fieles: para aumentar sus méritos; para mantenerlos en su humildad; para hacerlos expiar sus pecados; para manifestar con mayor brillo su bondad, su poder y su sabiduría, como sucedió cuando la resurrección de Lázaro, y como experimentaron el ciego, el paralítico, los mártires, etc.

Las cruces inspiran valor y de Dios nos viene el necesario para sufrirlas

San Pablo escribe: «*En todas las ciudades por donde paso, el Espíritu Santo me dice que me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero nada de esto temo, ni aprecio más mi vida que a mi mismo o a mi alma, contento estoy mientras que de esta suerte concluya felizmente mi carrera y cumpla con el ministerio recibido del Señor* (Hech. 20,23-24) *Estoy pronto no sólo a ser puesto en prisión, sino a morir también por el nombre del Señor Jesús* (Hech. 21,13)

El valor heróico de San Pablo ha sido imitado por millares de mártires y por los santos de todos los siglos. Si las cruces fuesen tan pesadas, como dicen los ciegos partidarios del mundo, no habrían los Santos subido al cielo con paso tan firme, tan rápido y tan alegre. Los mayores santos siempre han sido los que más cruces han recibido; y al igual que el gran apóstol rebosaban de alegría en medio de todas sus pruebas; ningún trabajo podía detenerlos.

El mismo apóstol reconoce que de Dios viene el valor necesario para sufrir las cruces, y así dice a su discípulo Timoteo: *He padecido persecuciones y vejaciones y ¡qué grandes han sido! Pero el Señor me ha sacado a salvo de todas ellas* (2 Tim. 3,11)

Estoy con él en la tribulación, dice el Señor? *le pondré a salvo y le llenaré de gloria* (Sal. 91,15). También dice el Señor por boca de Isaías; *Nada temas, que Yo soy tu sostén* (41,13)

¿Quién es el que ha esperado en Dios en la adversidad, y ha sido desoído? Ved a José, a Jeremías, a Daniel, a los tres niños en el horno, a Job, a Tobías, a la viuda de Naín, al Centurión, al buen ladrón, a los apóstoles, a los mártires, etc...

San Pablo nos hace una abreviada enumeración de las cruces, comprendiendo tan sólo en ella las cruces que vienen de los peligros, y así dice: *«Me he visto muchas veces en peligro en los viajes: peligros en los ríos, peligros entre ladrones, peligros de parte de mis allegados, peligros en las ciudades, peligros en los desiertos, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos»*, y luego pasa a otras cruces diciendo: *«He vivido en medio de trabajos y pesares, sufriendo vigilias, con hambre y sed, con frío y desnudez»* (2 Cor. 11,26-27)

«Hemos sufrido toda suerte de tribulaciones: combates por fuera, por dentro temores» (2 Cor. 7,5). Cruces por causa de contratiempos, enojos, tristezas, aflicciones, pérdidas, decepciones, celos, maledicencias, calumnias, etc. Cruces por causa de enfermedades que nos afligen o afligen a nuestros parientes y amigos, etc.

Habiendo entrado el pecado en el mundo, ha traído toda clase de miserias, de tribulaciones, de calamidades, etc.

¿Qué ventajas nos proporcionan las cruces?

Las cruces nos dan una ventaja y una dignidad inmensa... Pareciéndonos a Jesucristo y llevando su cruz, tomaremos parte en su gloria eterna...

Las cruces no sólo nos dan una perfecta semejanza con Jesucristo, sino que por ellas nos convertimos en hermanos suyos, hijos de Dios y sus herederos.

Las cruces, dice San Gregorio Magno, aumentan nuestro celo por las buenas obras. Sucede con el hombre lo que con el fuego, que cobra fuerzas a medida que le agitan los vientos.

Los sufrimientos son útiles, necesarios para volver a levantar y curar la naturaleza decaída; son nuestro supremo bien. Si fuese la piedra inteligente, ¿no debería alegrarse de los golpes del cincel, que, cortándola, la convierte en elegante estatua? Y si la madera fuese inteligente, ¿no sufriría con paciencia que el cepillo la debastase, la puliese y la transformase en trono? El justo debe, pues, alegrarse de las aflicciones y sufrirlas con alegría; pues las afliciones son para el fiel lo que el fuego es para el oro, la lima para el hierro, el cincel para la piedra, el cepillo para la madera, el trillo para el trigo, etc.

Las cruces son muy ventajosas a los pecadores, para hacerles volver en sí mismo y convertirlos. «*Cerraré con un seto de espinas el camino que seguís*, dice el Señor. Entonces dirá la criatura extraviada: *Volveré a mi primer esposo*» (Os. 2,6-7).

Dios cierra con espinas los caminos de los pecadores, cuando los detiene y les impide caer en el pecado, enviándoles enfermedades, pesares y esponiéndolos a los odios y decepciones: estas son otras tantas espinas de que Dios se sirve para cerrar la puerta del pecado a los prevaricadores. O bien les quita las ocasiones próximas de caída,

lo que es una gran misericordia de Dios, aunque el pecador, devorado por la concupiscencia, puede hallar ruda y cruel tal conducta de la Providencia.

Volviendo en sí misma, agobiada por los sufrimientos, el alma culpable, adúltera, dice: Volveré a mi primer esposo; es decir, volveré a Dios, a quien he abandonado. Habla así, dice San Gregorio, porque, abatida bajo el peso de la adversidad, desea y busca a Dios como verdadero bien y como único capaz de aliviarla: y ve por fin que no ha encontrado más que decepciones, amarguras y agudas espinas de los pretendidos placeres y ventajas que deseaba y buscaba fuera de Dios.

En efecto, cuando el alma empieza a ser desgarrada por las espinas, y herida cruelmente por el mundo que acaba, comprende perfectísimamente que era mucho más feliz con su primer esposo, que es Dios. Así vuelve el pródigo en sí mismo, cuando de todas partes llueven penas sobre él y le aniquilan. Ordiariamente, la adversidad enmienda y corrige a aquellos a quienes una voluntad depravada ha corrompido (Lib. Moral).

Prepara tu alma para la prueba

El que quiera consagrarse al servicio de Dios debe estar preparado para las pruebas o tentaciones que le vendrán. San Agustín nos dice gráficamente a este propósito:

«La uva cuelga de la vid, y la oliva del olivo. Generalmente estos dos frutos están destinados

al lagar. En tanto que están unidos al árbol, estos frutos gozan del aire libre; pero ni la uva se transforma en vino, ni el olivo en aceite sino por la acción del lagar. Así son los hombres que Dios ha predestinado antes de los siglos para ser perfectamente semejantes a su Hijo único, que sobre todo en su pasión se ha visto sujeto a la presión del lagar.

Los hombres, antes de llegar a ser esclavos de Dios, gozan en el siglo de una especie de deliciosa libertad, y son como las uvas y las olivas en el árbol. Pero, ya que está escrito: *Hijo mío, cuando te consagres al servicio de Dios, vive en la justicia y en el temor, y prepara tu alma a la tentación»* (Eclo. 2,1); es preciso que el que quiere servir a Dios sepa que se presenta al lagar. Allí será quebrantado, aplastado, prensado, no para que parezca en la tierra, sino para que se convierta en vino exquisito y aceite dulcísimo, destinado a la bodega de Dios. Queda despojado de los deseos carnales, como el jugo de la uva lo queda de la raspa y hojuela. Por esto dice el apóstol: *«Despojaos del hombre viejo y revestíos del nuevo»*. Tal transformación sólo puede verificarse en el lagar.

«Así como es difícil que la cera reciba la huella del sello, a no ser que se ablande y derrita al fuego, así tampoco puede el hombre recibir la huella divina, a no sujetarse a las cruces, los trabajos y las pruebas».

Dios por boca de Isaías, nos enseña la utilidad de las tribulaciones: *«Os tiraré del freno para que no os despeñéis»* (48,9). El sufrimiento es un

freno poderoso... Jeremías dice: *El Señor ha enviado del cielo el fuego de las tribulaciones en mis huesos, y me ha llenado de ciencia; ha tendido una red delante de mis plantas para impedirme caer en el mar* (Lam. 1,13)

El sufrimiento es la red con que Dios pesca a los hombres, los saca del agua envenenada del vicio, y los trae a su corazón. Dios no concede ninguna gracia a los hombres sin hacerla preceder de alguna adversidad.

Las aflicciones dan lugar a muy meritorios ejercicios de las virtudes atrevidas y heróicas. Las pruebas que cayeron sobre Job, le hicieron perfecto; la ceguera formó y santificó a Tobías; la calumnia inmortalizó a José; la persecución purificó a David; los leones dieron a conocer la virtud de Daniel; los hornos ardientes santificaron a los Macabeos...

Preguntan algunos doctores por qué Job, atormentado por graves y numerosas tentaciones, salió victorioso de la prueba, y por qué Adán cedió a una ligera súplica de Eva, perdiéndose él y toda su raza. San Agustín nos lo explica. Job, dice, fue vencedor en un muladar; Adán fue vencido en el paraíso.

Así pues, los sufrimientos nos hacen victoriosos, mientras que las delicias nos abaten. Los dolores y las adversidades de Job le afirman en su virtud: las delicias de que disfrutaba Adán, preparan su caída y le hacen esclavo del demonio...

San Agustín pregunta: ¿Cómo sirven los malos a los buenos? Y responde: No es adulándolos ni acariciándoios, sino persiguiéndolos. Los perse-

guidores han sido para los mártires lo que la lima y el martillo son para el hierro y el oro, y los molinos para el trigo. Los malos se consumen para purificar a los buenos; son para estos lo que la paja es para el oro puesto en un hornillo; la paja se consume y reduce a cenizas, pero el oro queda probado.

Las cruces deben causarnos felicidad y alegría

En la Escritura Santa leemos que los apóstoles, después de haber sido azotados, se retiraron muy gozosos por haber sido considerados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús (Hech. 5,41). Notemos esta expresión: *Se retiraron muy gozosos porque habían sido considerados dignos de sufrir.* Las cruces son pues un gran favor, y proporcionan una felidad inmensa, y por lo mismo San Pablo decía: *«estoy lleno de consuelo, reboso de alegría en todas nuestras tribulaciones»* (2 Cor. 7,4); pero notemos también que no son las cruces en sí las que dan la alegría, sino que *la alegría procede de que padecemos por Jesucristo,* por ser el primero en sufrir por nosotros.

El apóstol San Pedro dice: *«Alegraos en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo. Bienaventurados vosotros si por el nombre de Cristo sois ultrajados, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, descansa sobre vosotros. Que ninguno padezca por homicida, o por ladrón, o por malhechor, o por*

entrometido; mas si por cristiano padece, no se avergüence, antes glorifique a Dios en este nombre» (1 Ped. 4,13-16).

El apóstol indica aquí dos motivos que deben llevarnos a sentir alegría en las pruebas: 1.º que con las cruces participamos de los méritos de la pasión de Jesucristo; 2.º que habiendo sufrido con Jesucristo, resucitaremos para entrar en la gloria eterna...

Las cruces son pues, preciosas; debemos recibirlas con alegría:

1.º Porque las cruces nos separan de este mundo; nos impiden, dice San Gregorio Magno, confundir el camino con la Patria». Y San Agustín dice: «Se nos envían para que al dirigirse el viajero a su Patria, no tome la posada por su casa y no se aficione a ella».

2.º Es preciso regocijarnos en las cruces, porque son la señal de la elección, de predestinación y de la filiación de los hijos de Dios. «El Señor castiga a aquel a quien ama, y a cualquiera que recibe por hijo suyo le azota» (Heb. 12,6). Esto hace decir a San Agustín: «Si no recibís sufrimientos ni azotes, no debéis contaros en el número de los fieles».

El ángel dijo a Tobías, que se había vuelto ciego: *«Porque eras agradable a Dios, ha sido necesario que la tentación te probase»* (Tob. 12,13).

«Bajo el golpe de las tribulaciones, el cristiano debe mantenerse firme como un yunque: aunque herido sin cesar, permanece éste fijo e inalterable. El cristiano debe tomar a Jesucristo por trinchera y fortaleza; refúgiese en él al punto que es-

talle la guerra, y diga con el salmista: *«Sed para mi un Dios protector, un lugar de refugio y salvadme»* (S. Efraim, De Fid)

3.º Es preciso regocijarse en las cruces, porque nos hacen semejantes a Jesús crucificado, al Hijo único de Dios, y nos obtienen su apoyo. Porque, como nos dice San Pablo, no es tal el Pontífice que tenemos que sea incapaz de compadecerse de nuestras penas y enfermedades. (Heb. 4,15).

4.º Es preciso regocijarnos en las cruces, porque nos libran de los dos grandes males del hombre: el pecado y la concupiscencia. Las cruces son nuestro mayor bien; son una expiación para los pecados cometidos, y un antídoto que nos impide volver a enfermar. Son la sal que preserva de la corrupción...

5.º es preciso regocijarnos en las cruces, porque si os afligís por ellas, las haréis más pesadas, disminuiréis vuestro mérito, y hasta podéis perderlo. Si, por el contrario, las sufrís con resignación y alegría, las aligeraréis y aumentaréis vuestro mérito...

6.º Las cruces elevan al hombre; le hacen superior a la cosas de la tierra. Sujeto a la prueba, pone en el cielo sus afectos y esperanzas. Semejante al águila que cerniéndose en los aires, desprecia las honduras y ve de muy alto los sucesos, se ríe de las olas y de los despojos que arrastran.

No hay duda de que en las cruces hallamos nuestra dignidad y gloria. *«Bienaventurados seréis,* dice el apóstol San Pedro, *si sois infamados por el nombre de Jesucristo, porque la honra, la*

gloria y la virtud de Dios y su Espíritu mismo reposa sobre vosotros» (1 Ped. 4,14).

Como podemos observar, los santos se glorian en el sufrimiento y lo soportan con alegría y amor, y es admirable oír decir a San Pablo: *«Cuanto a mi jamás me gloriaré a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo»* (Gal. 6,14)

Los santos deseaban las cruces. ¿Por qué no imitarlos?

Por movimiento espontáneo de la naturaleza todos rehusamos el dolor, nadie lo quiere, antes bien, todos anhelamos el bienestar, la salud, la comodidad; mas porque Cristo santificó el dolor, ya que vino a este mundo a salvarnos padeciendo y muriendo por nosotros, por eso los santos, como un San Pablo, *«sentían satisfacción en sus ultrajes y persecuciones en que se veían, por amor a Cristo›* (2 Cor. 12,10), y porque *«padeciendo con Cristo, seremos con Él glorificados»* (Rom. 8,17)

Los prudentes del mundo no entienden esta doctrina, que es locura para los gentiles y escándalo para los judíos; pero los santos la practican:

— Santa Teresa de Jesús exclamaba: «Padecer o morir»

— Santa María Magdalena de Pazis: «Padecer, no morir»

— San Juan de la Cruz: «Padecer y ser despreciado por ti»

— San Francisco Javier: «Señor, no me libréis

de esta cruz, a no ser que queráis enviarme otras mayores»

Es preciso desear las cruces porque son camino para ir al cielo: *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14,21), y también son el verdadero camino de la perfección.

San Ignacio de Loyola, interrogado sobre cuál era el camino más corto, más seguro y más lucrativo para ser perfecto, respondió: Este camino consiste en sufrir y sobrellevar grandes y numerosas pruebas por el amor de Jesucristo. Pedid, añadió él, esta gracia a Dios; porque aquel a quien Dios la concede, recibe mucho; en este único don se hallan encerrados numerosos y grandes beneficios.

«La ciencia de los santos consiste en sufrir constantemente por Jesucristo, y éste es el medio de santificarse pronto» (S. Alf. M.ª Ligorio)

«No queráis huir de aquella cruz que Dios os manda, porque de seguro tropezaréis en otra mayor» (S. Felipe Neri)

«El misterio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino... Jesucristo, el inocente y santo, el Bueno por excelencia, descendió del cielo y vino a redimirnos del pecado por medio de los sufrimientos. Luego algo grande pretende con nuestros dolores» (Gar- Mar)

«Cristo padeció por nosotros; dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas». (1 Ped. 2,21)

Cristo sufrió y murió para redimirnos del pecado... y triunfó del dolor y de la muerte al resu-

citar para nunca más morir... Nuestro camino es el de Cristo: sufrir y morir juntamente con él para triunfar resucitados y así gozar eternamente con El.

El dolor tiene valor de redención, únelo al de Cristo, acéptalo sin rebelarte contra Dios. «Uniendo nuestros dolores a los suyos, serán portadores de méritos redentores» (Pablo VI)

«Los padecimientos de la vida presente no son nada en comparación con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros» (Rom. 8,18).

Si pensáis que un débil sufrimiento, de corta duración, os asegura una gloria eterna; si pensáis cuanto ha sufrido Jesucristo por vosotros, fácilmente llevaréis vuestra cruz, por más pesada que sea. No siempre hemos de tragar agua amarga, dice San Bernardo; durante toda la eternidad beberemos las cristalinas aguas de la vida. Sólo gota tras gota caen sobre nosotros las aguas amargas; y beberemos un día del río, en el océano de la vida durante todos los siglos de los siglos.

«Nos quejamos de sufrir y más bien tenemos motivos para quejarnos de no sufrir, toda vez que nada nos hace más semejantes a Jesús que llevar su cruz». (Sr. Cura de Ars)

En esta vida todos hemos de tener nuestra cruz, y como el mérito está en saberla llevar con alegría y amor, pidamos a Dios que El nos conceda esta gran gracia.

Aprender a sufrir es la más grande y más útil asignatura de la presente vida, y esta asignatura se aprende de un Maestro: de Jesucristo en la cruz.

INDICE

PRESENTACION 3
PRIMERA PARTE
La Cruz de Jesucristo
La cruz es el libro de los santos 5
La cruz cátedra de la bondad divina 6
El lenguaje de la cruz de Cristo 8
San Pablo se gloria en la cruz de Cristo 11
Dios reina por su cruz 14
¿Cómo hemos de llevar nuestra cruz? 17
¿Queréis encontrar a Dios? 20

SEGUNDA PARTE
Las cruces de esta vida
Las cruces no nos han de faltar 23
¿De quién nos vienen las cruces? 26
Las cruces inspiran valor de Dios nos
viene el necesario sufrirlas 28
¿Qué ventajas nos proporcionan
las cruces 29
Prepara tu alma para la prueba 31
Las cruces deben causarnos felicidad y
alegría 34
Los santos desean las cruces. ¿Por qué
no imitarlos? 37